

EL RINCON DE LA HISTORIA

EL EXOTISMO AMERICANO EN LA ÓPERA

El erudito estudio de Gilbert Chinard sobre «América y el sueño exótico en la literatura francesa de los siglos XVII y XVIII», podría tal vez amplificarse con referencia a la música. Así como «los buenos salvajes americanos», descritos por los viajeros, influenciaron la filosofía de Juan Jacobo Rousseau y le ayudaron a concebir la Arcadia idílica de la vida natural y espontánea en contraste con el refinamiento de la corte de los últimos Luises, la música quiso traducir parejos sentimientos que se transparentan en *Las Indias Galantes*, de Jean Phillippe Rameau, representadas en París el 23 de Agosto de 1735. Era el tipo del ballet tradicional, y en sus tres actos se codeaban, en decorativo desfile heterogéneo, el Amor y Osman-Pachá, los Salvajes y los Incas del Perú, en un escenario de ubérrimas flores y tentadoras odaliscas, apoyado en un texto de suave mezcla de mitología y galantería, a la usanza de una época cortesana en que el arte musical se enderezaba más bien hacia la complacencia sensual de los ojos que al refinamiento melódico del oído.

Con mayores razones que en Francia, la sugerencia de América, el sortilegio del lejano Reyno de Chile, que moviera la pluma de Lope de Vega en los Romances glosados de *La Araucana* del Capitán Trovador don Alonso de Ercilla y Zúñiga, continuó latente en la literatura española, y vino a renacer con nuevos bríos en el siglo XVIII. En 1792, Joseph Lidon, organista y vice-maestro de la Real Capilla de su Majestad, puso música a un «drama heroico castellano *Glaura y Cariolano*, uno de los primeros ensayos en nuestro idioma—así se lee en el prólogo—de la grande ópera seria italiana». El argumento se basaba en uno de los episodios de *La Araucana*, y sus personajes Cariolano, Glaura, Tegualda y don Alonso de Ercilla, con el concurso de un coro de «salvajes, indios y negros», cantaron las ocho escenas líricas, interpretadas por la Compañía Ribera en el Coliseo del Príncipe, una noche madrileña de Octubre de 1793.

Si esta obra no tuvo la menor resonancia como nos informa Cotarelo y Mori, en cambio el embeleso exótico de las Indias quedó vibrando en la literatura europea. La generación que leía a Marmontel y sus peinados *Incas* neo-clásicos (1777), fué reemplazada por la de los jóvenes sentimentales que soñaban con las praderas americanas bañadas por la luna romántica de Chateaubriand. Y romanticismo y libertad, campearon en las estrofas de Piron, y en la partitura de Luigi Gaspar Spontini, la ópera *Hernán Cortez* o *La Conquista de Méjico* (1809), que Napoleón, con astucia de corso, estimulaba en su representación para difundir los sentimientos anti-

hispánicos del tema y argumento. La revuelta azteca que marcaba el clímax de la obra, conmovió a los públicos de América.

Fué la primera ópera representada en Chile y todavía a mediados del siglo XIX un espectador recordaba el cuadro en que el desdichado Moctezuma «aparecía en la escena rodeado de sus mujeres que lloraban sin consuelo, entonando una aria de música tristísima»:

No rindo a Cortés
Mi corona real
Porque soy Monarca
y Rey Natural.

Idénticos sentimientos patrióticos animaron la inspiración juvenil de Giuseppe Verdi, al componer *Alzira o la Conquista del Perú*, sobre un drama de Voltaire, arreglado por Salvador Cammarano, que si bien vino a morir en la indiferencia pública en su primera representación en el Teatro San Carlos de Nápoles, el 12 de Agosto de 1845, constituyó uno de los grande éxitos de Adelaida Pantanelli en los colmados escenarios de Copiapó, Valparaíso y Santiago, en aquella indescriptible temporada operística de 1844.

E. P. S..